

## LA "RAZON HISTORICA" EN HEGEL

POR

MICHELE FEDERICO SCIACCA †.

Catedrático de Filosofía de la Universidad de Génova.

*Nuestro admirado maestro y muy querido amigo el Profesor Michele Federico Sciacca (e. p. d.), en su última e inolvidable estancia entre nosotros, con motivo de su participación en la XIII Reunión de amigos de la Ciudad Católica y una vez concluida ésta, pronunció dos luminosas conferencias sobre temas que por sus derivaciones se hallan tal vez hoy tan candentes como cuando sus autores las formularon.*

*El 4 de diciembre, en la Fundación Universitaria Española, con selecta y muy numerosa asistencia, a la que fue presentado por el Rector de la Universidad Complutense de Madrid, Profesor Angel González Álvarez, desarrolló con deslumbrante brillantez el tema REFLEXIONES "INACTUALES" SOBRE EL HISTORICISMO HEGELIANO.*

*Y el día 6 en Segovia, en el Colegio Universitario, donde trató con su penetrante agudeza de LA CONCEPCIÓN DEL HOMBRE EN EL PENSAMIENTO DE MAQUIAVELO. Previamente, el Rector del Colegio y Catedrático de la Universidad Complutense, Dr. Pedro Herranz, pronunció unas palabras de salutación al Profesor Sciacca, bien conocido y muy querido en Segovia.*

*A continuación, con el título que antecede a estas líneas, tenemos el honor de publicar unos extractos del principio y de la conclusión de la primera de las dos referidas conferencias del Profesor Sciacca. Su texto íntegro lo acaba de publicar la Fundación Universitaria Española.*

Una de las características del Romanticismo literario y filosófico alemán, ciertamente la que más le caracteriza, es la tentativa de actuar o realizar lo infinito o lo absoluto en lo finito, lo eterno en el tiempo. ¿En qué forma? En la poesía por Novalis, en el momento estético en general. En filosofía, en el sistema del saber absoluto como es típico no solamente en Hegel, sino también en Fichte y en Schelling: captar lo Absoluto en la acción moral (Fichte), en la intuición estética (Schelling), en el concepto puro (Hegel), etc. Hegel, desde este punto de vista, representa ciertamente la culminación de todo el movimiento romántico e idealista alemán.

Según la dialéctica hegeliana de tesis, antítesis y síntesis, de sín-

tesis en síntesis, a través del proceso del espíritu humano, lo Absoluto llega a la transparencia de sí mismo en el concepto o en el momento filosófico.

Para Hegel, lo real, en cuanto tal, no es el ser, como en la metafísica aristotélica, sino que es *síntesis a priori dialéctica*; aunque su dialéctica es una dialéctica distinta de la dialéctica de Platón.

La fórmula hegeliana que expresa la total identidad de la razón y de la realidad, por un lado, resulta la realidad o lo finito en la razón (lo infinito) y, por el otro, resuelve ésta en la realidad misma. Por eso tampoco puede decirse que Hegel disuelva lo finito en lo infinito o viceversa; simplemente establece su *identidad substancial*, por lo cual lo real, o sea el mundo, es lo racional mismo o la Idea, y la Idea es lo real. Esto se halla perfectamente justificado desde el momento en que lo real es identificado con lo racional; por su parte la razón actúa enteramente en sí misma y nada la sobrepasa.

El sistema hegeliano es el sistema de la Razón absoluta: el *panlogismo*. Desde este punto de vista, Hegel, que sigue siendo un romántico, es *antirromántico*. No por casualidad es el filósofo del concepto (*Begriff*) y el crítico de las filosofías "edificadoras" del sentimiento, de la fe, etc. Pero su Razón, como la Unidad indiferenciada de Schelling, es también la "noche negra donde todas las vacas son negras". Todo se hunde en la Razón; no hay lugar para lo que huye a la meditación racional: o se deja mediar, y con ello se deja reabsorber por la razón, o es lo *no-verdadero*, lo abstracto. El individuo, por ejemplo, como dice Hegel, "no es verdadero", precisamente porque no es mediable en su singularidad; el arte, como momento autónomo, es abstracto; así también la religión: ambos se hacen concretos en la filosofía (razón), esto es, cuando *se niegan* como arte y como religión. Todo se conserva y todo se pierde en la Razón; se pierden la singularidad, el sentimiento, los hombres.

Efectuado, con Fichte, el "salto" del Yo como función trascendental al Yo trascendental, como principio metafísico, cae la distinción entre la ciencia de lo Absoluto y el conocimiento del fenómeno; se identifica la metafísica con la misma crítica del conocimiento. Racional y real se adecúan: la metafísica de la naturaleza se identifica

con el pensamiento, dado que el principio del antinomismo dialéctico es el fundador de una y del otro. Cada aspecto de lo real no es más que un momento del proceso dialéctico: los datos de la experiencia se resuelven en el devenir del espíritu, todo este está en la concreción de sus determinaciones. La filosofía se dirige, a través de Hegel y de la crítica efectuada por el hegelianismo de "izquierda" (Feuerbach, Marx, etc.), a resolverse en la ciencia y en la técnica y a considerar como únicos problemas "significativos" suyos los sociales y políticos. Naturalización del espíritu: naturaleza y espíritu se adecúan. El hegelismo se puede convertir indiferentemente en naturalismo y en espiritualismo, que no son dos abstracciones, sino dos abstractismos. Se llega así a la identificación de los contrarios, que equivale a no decir nada. Se llega también a la secularización total y absoluta a la divinización del Estado. El filósofo no es un humilde buscador de la verdad, sino un "funcionario" del Estado; la lectura de los periódicos, dice Hegel, tiene que substituir las oraciones.

La mundanización del ser lleva fatalmente a estas consecuencias, es decir, a la negación del ser o del principio que funda el pensamiento y lo real, a la negación de la filosofía en la "no-filosofía" en el momento de la *praxis* y del hacer de la vida social-económica-política, que es verificación de toda opinión o hipótesis. Hegel, como ha dicho Engels, marca el punto culminante del sistema de la Razon y, en el interior del mismo hegelianismo, el final de la filosofía clásica.

La concepción hegeliana de la historia lo confirma, aunque hay que reconocer a Hegel el mérito de haber contribuido a darnos un sentido más profundo de ésta. Para Hegel, los acontecimientos históricos no solamente tienen un sentido profundo en el significado de la historia total —cosa que se encuentra ya en San Agustín, Bousset y Vico—, sino que por el hecho de que han ocurrido significan siempre la victoria de una forma de vida superior y de un pueblo; es como decir que quien prevalece tiene siempre la razón, está siempre en la verdad. De este modo el "hecho" es, como tal, un "valor" y por ello mismo quedan "justificadas" cualquier iniquidad y cualquier matanza por el simple hecho de que han consegui-

do llegar a término y realizarse. Hegel confirma a Maquiavelo. A Hegel se le escapa el sentido profundo de la Providencia cristiana —sustituída por la astucia de la Razón, realmente demasiado “astuta” para ser “inteligente”—, Providencia que él considera insuficiente para explicar el curso de la historia como una unidad que se manifiesta esporádicamente en casos particulares, como ayuda para un individuo en dificultades, como una especie de “comercio de detall de la fe”. De aquí la necesidad de considerar toda la historia “sagrada” y racional —que en Hegel significa que hay sólo lo “profano” y que solamente éste es “sagrado”—, verdad y bien por el solo hecho de haber ocurrido: la historia es el “tribunal del mundo”, el juicio que todo lo lleva a cabo en el mismo “Espíritu del mundo”, los “espíritus de los pueblos”. Así la historia se autojustifica como una especie de “cosa en sí” y, realmente, pierde todo sentido.

Por otra parte, si lo Absoluto y la Historia coinciden por el hecho de que el principio y el fin de la historia se encuentran también en la misma historia, dado que la vida de lo Absoluto es un “círculo”, la historia no puede sino cerrarse: su fin u objetivo, el despliegue total de la Idea y el retorno de la Idea a sí mismo, en su final. Si, por el contrario, no terminase y *continuara* indefinidamente, Hegel caería en el “infinito malo” que ha reprochado a sus adversarios. Así, para este autor, la historia se cierra: como historia del pensamiento con su filosofía, como historia política con la que en el fondo, mundanizando e historizando el principio de la verdad, se identifica el pensamiento con la constitución prusiana y el predominio del pueblo alemán en el mundo. Pero esto es la negación del movimiento, que es progreso. Entre un infinito “cerrado” y contradictorio y un infinito siempre abierto, pero “malo”, no queda, si se permanece en la posición del inmanentismo, más que concebir una historia que se mueve en círculo para *retornar* periódicamente al mismo punto. Esta es la concepción de Nietzsche, pero esta concepción, desde el momento que niega la historia como progreso infalible hacia una meta final de plenitud, niega el historicismo, denuncia su *nihilismo* por pérdida del ser y, con el ser, de los valores. Hegel tiene el gusto de la destrucción como los románticos, el vér-

tigo de la dialéctica que afirma y niega, niega y afirma. Su optimismo se identifica con el gozo del nihilismo: es la ironía romántica que se enmascara de felicidad. Nietzsche quita esa máscara, todas las "estatuas blancas" que esconden el abismo del mundo sin ser. Nietzsche es la tragedia del nihilismo, la seriedad de la desesperación del hombre sin ser. Y lo trágico es siempre más serio que la máscara.

El pensamiento moderno, en uno de sus aspectos más significativos y difusos, está caracterizado por la "soberbia" del hombre. El inglés Francis Bacon se considera el "ginecólogo" del "parto masculino" del siglo o de la *instauratio ab imis* para la instauración del *regnum hominis* del mundo. El francés René Descartes se considera el "Arquímedes" de la filosofía: le basta un "punto de apoyo" (el *cogito*, no el ser) "para levantar el mundo". El alemán Emmanuel Kant se proclama el Copérnico de la filosofía, el realizador de la "revolución" en virtud de la cual no es el pensamiento el que gira en torno del mundo, sino el mundo el que gira en torno al pensamiento. Jorge Hegel no se contenta con esto: afirma que su filosofía es la filosofía, o sea el cumplimiento definitivo del filosofar; Federico Nietzsche, poniendo al desnudo el nihilismo radical de semejantes instauradores, Arquímedes revolucionarios y padreternos, liquida esta nueva metafísica del pensar y del conocer, nacida en oposición a la del ser. Aceptamos tal desesperada declaración de quiebra, pero para volver a tomar serenamente y para profundizar la clásica filosofía del ser, objetivo iniciado por Rosmini en Italia y por otros pensadores.

Concluyamos poniendo de relieve, puesto que se celebra este año el centenario de la muerte de Santo Tomás, la humildad de este gran representante de la metafísica del ser, que nunca afirma ser original, ni haber hecho descubrimientos, pero que, sin embargo, con su consabida modestia ha dispensado verdades válidas para siempre. Esa es la diferencia entre el hombre que se considera partícipe de la verdad y el hombre que se considera a sí mismo como el creador de la verdad. Este último se convierte en ídolo de sí mismo o bien en el adorador idólatra de la sociedad o del Estado, o incluso de un partido político.